

en homenaje a K. Rahner

«Teología y mundo actual». Así hemos expresado la significación que queremos dar a nuestra revista. Posibilitar el diálogo de la fe con el hombre y la sociedad moderna, estar atentos a las preguntas que se suscitan en nuestra cultura e intentar responder desde la perspectiva del mensaje cristiano.

Quizás, entre los teólogos actuales, no hay ninguno con el que hayamos sintonizado tanto en esta orientación como Karl Rahner. La teología de Rahner es la de un diálogo constante entre la fe y la cultura. Su saber universal y enciclopédico le permitió tocar las materias más diversas, dejando siempre en ellas la huella de la creatividad y de su fecundidad intelectual. Buscaba siempre renovar la tradición de la Iglesia y el cristianismo, y entablar un diálogo con las corrientes modernas: él fue uno de los iniciadores de las conversaciones entre cristianos y marxistas, bajo el patrocinio de la Paulusgesellschaft y él fue también uno de los fundadores de la revista internacional «Concilium», que ocupa un puesto de vanguardia en el intento de actualización e inculturación de la fe cristiana en la sociedad moderna.

Hablar de Rahner es hablar de una teología antropocéntrica y teocéntrica al mismo tiempo. Para él la causa del hombre es la causa de Dios, y al mismo tiempo el hombre sólo puede realizarse en cuanto opta por Dios. Dios y el hombre, el hombre y Dios. Estos son los polos constantes de su teología, buscando detectar en el hombre esa tendencia constitutiva que lleva a plantearse el sentido último de la vida, esa dinámica que lleva a abrirse al horizonte de la trascendencia divina, esas experiencias humanas en las que de forma casi «asintótica» el hombre roza y se integra en lo divino. Tener experiencia de Dios en el mundo de hoy, ésta es la clave de una teología enormemente preocupada por la experiencia del Espíritu, por la mística (que él encuentra en el hombre corriente de la calle, y no sólo en los grandes orantes del cristianismo), por la dimensión profética y carismática del cristianismo, por los «gurus» cristianos que nos hablan de Dios más desde la experiencia que desde la erudición.

Hasta el final, Rahner nos ha dejado una huella de un hombre de Dios; de un cristiano, sacerdote y jesuita, entrañablemente eclesial y fiel a la tradición y a la comunidad cristiana, y al mismo tiempo, insobornablemente abierto, moderno, actual, renovador. Rahner ya pertenece a la historia de la teología, y tiene un puesto decisivo en lo que ha sido y es el cristianismo en la segunda mitad del siglo XX. El tiempo, y las generaciones venideras, emitirán su juicio sobre su persona y su obra. A nosotros, la generación presente nos queda su ingente producción teológica, que seguirá siendo en los próximos decenios una referencia obligada para todo el que busque profundizar en teología. Y permanece su recuerdo, y el agradecimiento que le debemos por tantos nuevos horizontes que nos enseñó, y tantas barreras y limitaciones que ayudó a superar.

Proyección, su equipo directivo y sus colaboradores, quiere presentar con estas páginas un tributo de admiración y de homenaje al gran teólogo que se nos marchó a la casa del Padre. Para esto hemos escogido una homilía inédita de Karl Rahner, tenida en la ordenación de un sacerdote español en la Universitätskirche de Innsbruck, ciudad a la que su nombre está íntimamente vinculado.

Homilía inédita de Karl Rahner, en la primera misa de un jesuita español

(Innsbruck, 26 de julio de 1958)

Queridos hermanos:

Celebramos en este momento el primer sacrificio de la Santa Misa que un sacerdote joven, recién ordenado, ofrece al eterno Dios en nombre de la Iglesia, de esta comunidad, de sus familiares y amigos y por sí mismo.

Celebramos con ello el comienzo de una vida sacerdotal. Es un comienzo especial. En otros ámbitos de la vida humana, cuando se empieza algo todo está abierto, impreciso, lleno de riesgos; aquí es distinto. Porque un sacerdote no vive, o no debe vivir, para sí mismo. Sólo debe servir a uno: Jesucristo. Sólo debe anunciar una cosa: su verdad. Sólo debe transmitir una cosa: su gracia y vida eterna. Debe estar totalmente al servicio de este Señor y Salvador. Con ello le basta. Todas sus otras tareas deben ser secundarias. Ha de consumirse en este servicio. Naturalmente, es duro. Pero cuando se consigue, aunque sólo sea en parte, quedan también a disposición de este santo servicio lo humano y miserable, nuestras débiles fuerzas, pequeñas ideas, palabras imperfectas, nuestro siempre mezquino corazón, los modestos medios de nuestro espíritu y nuestra vida. Pero esta existencia que comienza hoy, en esta hora, debe servir y servirá a Cristo, el Señor.

Y este comienzo es válido porque interesa al Señor, a Jesucristo, no a un plan indeterminado sino a la plenitud que es y será siempre Jesucristo. Esto es lo más grande y alegre de este comienzo. Cuando los hombres emprendemos algo, sabemos que en cierto modo corremos hacia la muerte, lo perecedero, el final. Y así, todo comienzo, por magnífico que sea, por mucho que prometa, mientras sea un puro comienzo humano está siempre marcado por la tristeza de lo transitorio. Pero en este momento comienza una vida humana introduciéndose en la plenitud de Cristo, que abarca principio y fin, comienzo y plenitud, que es final, perfección, término feliz de todo comienzo humano, de todo principio humano, y por eso este inicio es grande y feliz, verdadero motivo de alegría para otros cristianos, que se unen a él y lo celebran dando gracias a Dios de que empiece por donde está la verdadera plenitud.

Comienza por una llamada de Jesucristo; es decir, por un paso que no lo dan los hombres, sino el Señor que dijo: «No me elegisteis vosotros a mí, sino

que yo os elegí a vosotros». Es un comienzo por vocación divina, del que puede decirse: «El que ha comenzado la buena obra la llevará a término el día de Jesucristo». Es un comienzo en el que empieza a predicarse el Evangelio de Jesucristo. Y estas palabras no son verdades humanas, siempre superadas por nuevos conocimientos y experiencias, sino palabras perdurables, porque proclaman la Palabra de Dios, dicen al hombre lo último sobre Dios, lo más profundo sobre el hombre, lo eterno de su destino y de su decisión. Son palabras que perduran, y cuando algo nuevo comienza con tal predicación se da un paso que incluye en sí mismo su meta y su fin, la plenitud de la verdad de Dios. Se trata de un comienzo en el que sólo hay una cosa válida: seguir administrando la gracia de Dios. Debe hacerlo derrochando la energía de su corazón. Pero ésta es pequeña y finita, nunca basta y nunca puede dar a los hombres lo que buscan, porque buscan, incluso cuando no lo saben, el amor de Dios. Pero es esto lo que administra el sacerdote, no la energía de su corazón.

No es propietario, sino administrador. No da sus dones sino los de Dios. Sólo los recibe para repartirlos. Los distribuye en las palabras del bautismo, en las palabras con que trae el Cuerpo de Cristo a nuestros altares para darlo a los hombres, ese Cuerpo que se entregó por todos nosotros. Da la gracia reconciliadora en el sacramento de la penitencia. Está junto al lecho del enfermo y pronuncia la palabra de la gracia, de la paz, de la salvación eterna, cuando todas las palabras humanas se han agotado. Verdaderamente retransmite la gracia de Dios.

Tal comienzo, queridos hermanos, que se inicia en Jesucristo, plenitud de Dios, para transmitir su verdad y administrar su gracia, es un comienzo feliz. Podemos alegrarnos de él, gloriarnos de él, porque nos gloriamos de la gracia de Dios. También podemos recordar que nosotros, los cristianos, hemos tenido comienzo en este Señor; en él, en su plenitud, en la gracia de Dios, comenzó nuestra vida cristiana a través del santo bautismo. Por eso hoy, en este feliz comienzo necesitamos pedir a Dios por nuestro hermano, para que su comienzo permanezca en la plenitud de Dios, en la fidelidad a Cristo hasta la muerte, en la verdad de Cristo —proclamada a tiempo o a destiempo— en la humildad de Cristo, para que esta vida sacerdotal sólo busque la gloria de Dios y la salvación de los hombres, no el poder o el influjo humanos. Ojalá permanezca este comienzo y por eso, a impulsos del amor de Dios, pedimos que en esta vida sólo se realice, se dé, haga, viva, sufra y muera una cosa: el amor de Jesucristo, que viene a nosotros de su corazón traspasado, para que en la vida y la muerte, en el tiempo y la eternidad, se nos comunique a todos el Dios eterno con su vida feliz. Con esto empezamos hoy ya que celebramos en este momento la muerte de Cristo, que es nuestra vida. Con esto empezamos, y pedimos, llenos de confianza, que este comienzo perdure en el que es la plenitud y así lo que hoy empieza llegue a su término sin fin en la eternidad del Dios trino. Amén.